

Marginal

EL DISCURSO DE CHOLULA



Por Manuel López Pérez

En una de mis notas publicadas en este periódico llamé al Lic. Adolfo López Mateos "pensador y tribuno". La expresión parece pleonástica, porque todo hombre que merece la advocación de tribuno es necesariamente un hombre abezado a las disciplinas del pensamiento. Pero mi deseo va más allá de la afirmación de que el candidato a la Presidencia de la República es un magnífico orador. Uso la palabra tribuno en el sentido romano, recordando a aquellos hombres q' se enfrentaron al patriciado poniendo su vervo al servicio del pueblo, de la plebe q' un día convirtió en "rostra" el Aventino, consagrando con su rebeldía el monte donde

más tarde iría Bolívar a jurar que lucharía hasta la muerte por hacer libres a los pueblos de América. La voz de López Mateos siempre ha recogido las aspiraciones populares y desde los ortos dorados de su juventud hubo en el acento de su palabra elegante la confesión espontánea de que sería un hombre al servicio de la justicia, que trataría de vencer al destino con la fe y el esfuerzo, en beneficio de la Patria.

En 1929, en camiones pletóricos de estudiantes porristas —eran los días en que hacía de las suyas Chema de los Reyes— salimos hacia Puebla. Entre las grandes figuras universitarias de entonces figuraba López Mateos, dueño de una extraordinaria simpatía. Desde que dejamos la capital bajo una fría bruma matutina que no hacía juego con la leyenda de las tibias mañanas de junio, los vehículos rebasándose unos a otros, dejaban escapar las voces entusiastas:

—Arriba López Mateos...!!

¡Viva Gómez Arias...!!

—¡Brito, Brito, Brito Rosado!!...

Los "campeones" provincianos escuchábamos azorados toda aquella algarabía que nos acongojaba terriblemente. No conocíamos a nadie; no sabíamos a quienes aludían aquellos gritos jubilosos, pero nos parecía que debía tratarse de personajes que imaginábamos con la prestancia de dioses jóvenes o con la precoz sabiduría ateniense de los discípulos de Sócrates. Imposible conocerlos, estaban rodeados de admiradores y era difícil distinguirlos entre aquel abigarramiento de cabezas adolescentes. Bajo un sol brillante cuyo calor nos llevaba sudorosos en nuestra incómoda situación de viajeros hacinados en los coches, llegamos a Cholula, y se corrió la voz de que había que bajarnos para corresponder al entusiasta recibimiento que los estudiantes de Puebla nos hacían viniendo a encontrarnos hasta el pueblo donde se levanta el santuario de las cuarenta y nueve cúpulas.

Los "reyas", los "jurisprudencia", arreciaron en nuestra comitiva, terminando cada "porra" con el nombre de alguno de los consagrados campeones. Se trataba de imponer a la grey viajera de que formábamos parte, quién sería el que dirigiera la palabra de saludo y agradecimiento a los hospitalarios poblanos. No recuerdo si hubo varios oradores, pero sí recuerdo que presté mis escasas fuerzas para ayudar a preparar al todo del camión en que viajaba, a un joven esbelto y de hermoso rostro, que fue saludado con una explosión de entusiasmo vivas, mientras él tranquilo, con voz pastosa de barbaño, empezó a hablar:

pag 54

El Discurso de

—“Fue por esta vía de sangre y de tragedia que llegaron un día hasta el corazón mismo de estas tierras, aquellos hombres que anunciara con su verbo solar aquel sabio de ojos azules que acaudilló con su genio los númenes de Tollan”.

Aquella sangre y aquella tragedia han sido fecundos, y ahora se registra en este lugar, fuente de historia, otro encuentro en que ya no chocan las macanas indias con las tizonas toledanas, en que los días de la matanza, matanza en que se ensangrentó el cuchillo de obsidiana sacrificando sobre el teocalli o la daga española hiriendo al vencido, no es sino un lejano y doloroso recuerdo, convertido en lección y en esperanza. De ese dolor, de ese pasado procedemos y con júbilo afirmo que con nuestra vida demostramos que no hubo vencimiento, sino triunfo de dos razas que se fundieron. Es esta una ocasión que llenan las cordialidades, porque somos dos grupos de hermanos que se juntan con la euforia de estar realizando su destino. Jóvenes poblanos que nos reciben: estudiantes capitalinos y provincianos que llegamos; unos

que marchamos hacia el oriente, y otros que del oriente vienen a nuestro encuentro, somos en el anhelo conjunción de aspiraciones, corriente de cultura que se funden amorosamente contrastando con la dramática fusión que se registró en el pasado.

La raza ya no es sino una categoría cultural y por eso, restañadas las heridas de la conquista, estamos predicando a los mexicanos la fraternidad en el trabajo y el progreso en un ámbito de justicia y libertad. Estas ideas, signos espirituales de mi generación, serán escuchadas de los labios de los paladines del verbo que hablarán en Puebla, dentro de una noble justa en que el esfuerzo de las aulas culmina en palabra gloriosa. Al agradecer a los compañeros estudiantes de Puebla la hidalguía de venir a recibirnos, envío al pueblo todo de nuestra patria el amor de la juventud estudiosa salida de su seno, como un tributo que confirma su esperanza”.

El libro en que recogió Tardill las crónicas de los Concursos de Oratoria no contiene las anteriores palabras gustosamente recordadas, pero quien las lea, verá que en aquellas tempranas horas de la vida del Lic. López Mateos, va había una estructura que no disuena ni en el tono, ni en el matiz, ni en la dirección ética de su conducta, con la de ahora, cuando está a punto de llegar, para bien de México, a la Presidencia de la República, sitio desde el que seguramente realizará sus añejos anhelos de que la fraternidad, la justicia, el trabajo y la cultura, enaltezcan las tradiciones de la Patria Mexicana.

24